





El arte de la pintura

José M. Lahra, pintor

Creo que el arte en nuestro tiempo es un arte más preocupado de continentes que de contenidos, de formas con posibilidad de contenido que de contenido con posibilidad de forma.

Antes un cuadro era principalmente un pintar algo que ya era: un representar. Hoy un cuadro es principalmente un pintar algo que pueda llegar a tener representación: un aventurarse.

Esto como apreciación histórica. Conceptualmente contenido y continente no pueden ser separados, decantados absolutamente uno del otro, porque no tiene entre sí relación de composición, no son ingredientes de un producto, sino dos modos de la realidad, modos complementarios y recíprocos.

¿Existe realmente un continente abstracto o un contenido abstracto?

Continente supone la posibilidad y la necesidad de contener algo para ser realmente.

Contenido supone la posibilidad y la necesidad de algo que lo contenga para ser realmente.

Tan deficiente en realidad es lo incontinente como lo incontentido. Lo que no es capaz de contener como lo que no es capaz de ser contenido.

Tan deficiente es la sed que tenemos, como el agua que no podemos tener. Una y otra están en íntima relación de existencia.

El tener sed no nos sirve para vivir si no tenemos agua.

El tener agua no nos sirve para vivir si no tenemos sed.

No podemos cosechar si disponemos solamente de un terreno, como si sólo poseemos una fuente. Necesitamos

las dos cosas. Mejor dicho: ambas cosas se necesitan para poder dar algo.

Fueron precisos la tierra y el agua juntos—el barro—para que el hombre fuese.

Seremos menos hombres en la medida que nos empeñemos en querer contenidos sin continentes y continentes sin contenidos. Imágenes puras o formas puras. Porque somos lo uno con lo otro. Para nosotros no existen formas sin imágenes ni imágenes sin ideas y viceversa. Cuando no podemos llegar a un equilibrio conceptual entre idea e imagen podemos pensar verdaderamente que empezamos a enloquecer.

La obra humana es siempre algo relativo, relacionado, circunstanciado. No somos, por nosotros mismos, puramente en nada. Y, sin embargo, ¿de dónde nos viene este angustioso querer ser puramente algo?

El hombre tiene la condición de ser circunstanciado y la vocación de lo absoluto.

La situación obra-observador o la situación autor-perceptor son siempre situaciones relativas. La compasión es siempre relativa a las circunstancias espacio-temporales dadas. Pero lleva inmersa la acongojada búsqueda de lo permanente, de lo imperecedero, la ineludible vocación de lo absoluto.

Vocación que se va haciendo realizable en la medida que esta búsqueda se siente como algo común. No como algo que me pertenece exclusivamente.

La necesidad de universalidad se complementa con la vocación de trascendencia. Del compartimiento se pasa al consentimiento y de aquí a lo convocado a la llamada colectiva. A la comunicación necesaria. A la comunión posible. A la esperanza común de algo: a amar el común algo que nos explica, sin palabras, ya esta cosa tan extraña que es nuestra existencia.

